

HOMOGENEIDAD, MINORÍAS MERCURIANAS Y LIMPIEZA ÉTNICA. REVISIÓN CRÍTICA DE UN TIPO IDEAL GELLNERIANO

HOMOGENEITY, MERCURIAN MINORITIES, AND ETHNIC CLEANSING. A CRITICAL REVIEW OF A GELLNERIAN IDEAL TYPE

Valeriano Esteban Sánchez

Universidad de La Laguna, Tenerife, España

vesteban@ull.edu.es

ORCID ID: <https://orcid.org/0009-0009-7692-5433>

Recibido: julio de 2025

Aceptado: septiembre de 2025

Palabras clave: Ernest Gellner, homogeneización cultural, nacionalismo, limpieza étnica, diásporas, genocidio armenio

Key words: Ernest Gellner, cultural homogenization, nationalism, ethnic cleansing, diasporas, Armenian genocide

Resumen: Este artículo examina críticamente el marco teórico de Ernest Gellner sobre la homogeneización cultural como rasgo estructural del nacionalismo moderno. A partir del concepto de minorías mercurianas, analiza cómo ciertas poblaciones diáspóricas, vinculadas a funciones de intermediación y con base territorial limitada, se convierten en objetivo prioritario de las políticas de homogeneización violenta. El texto pone a prueba este enfoque mediante el estudio del caso armenio, explorando la relación entre modernización, nacionalismo y limpieza étnica, y señalando la necesidad de integrar dimensiones geopolíticas e ideológicas para comprender la exclusión de minorías en procesos de construcción nacional.

Abstract: This article critically examines Ernest Gellner's theoretical framework on cultural homogenization as a structural feature of modern nationalism. Drawing on the concept of mercurian minorities, it analyses how certain diasporic populations, associated with intermediary functions and possessing limited territorial bases, become prime targets of violent homogenization policies. The article tests this framework through the Armenian case, exploring the relationship between modernization, nationalism, and ethnic cleansing. It argues for the need to incorporate geopolitical and ideological dimensions

in order to better understand the exclusion of minority groups within broader processes of nation-building and political transformation.

I. La lógica homogeneizadora del nacionalismo

La cuestión de la homogeneidad étnica y cultural ha recobrado protagonismo en el debate sociopolítico contemporáneo. Durante décadas, pareció consolidarse la idea de que las democracias liberales habían incorporado de forma estable mecanismos de gestión de la diversidad y reconocimiento de las diferencias. Sin embargo, el auge de fuerzas nacional-populistas ha reactivado viejas tensiones en torno a los criterios de pertenencia y a las formas legítimas de organizar la diversidad. Lo que se creía un problema resuelto con la estabilización de los Estados-nación reaparece ahora bajo nuevas formas: el impulso por definir los contornos de la comunidad nacional atraviesa las políticas públicas, el discurso institucional y las prácticas sociales. La lógica homogeneizadora, lejos de haber desaparecido, se proyecta nuevamente sobre el presente, generando conflictos y dilemas que creíamos superados (Vertovec y Wessendorf, 2010; Polakow-Suransky, 2017; Mikelatou y Arvanitís, 2019; Joppke, 2021).

Esta reaparición de la lógica homogeneizadora en contextos contemporáneos obliga a replantear las teorías sociológicas desde las que se ha interpretado históricamente la relación entre Estado, nación y diferencia cultural. Entre ellas, destaca con especial nitidez la propuesta de Ernest Gellner (1925–1995), uno de los autores que con mayor claridad situó la homogeneidad cultural en el centro del

análisis de las sociedades modernas. La exigencia de homogeneidad constituye el núcleo de su teoría del nacionalismo, entendido como la doctrina que reclama la congruencia entre unidad política y unidad nacional. Desde esta lógica, el nacionalismo se activa cuando dicho principio se ve vulnerado, especialmente si la élite gobernante no pertenece al grupo nacional mayoritario; pero incluso en contextos de congruencia, la mera presencia de minorías culturales o de grupos no nacionales puede seguir percibiéndose como una anomalía. Gellner precisa que no existe un umbral numérico que determine la tolerabilidad de quienes no forman parte del grupo nacional dominante: el problema es estructural, no cuantitativo. La sola presencia de personas que no comparten la cultura nacional mayoritaria puede bastar para reactivar el sentimiento nacionalista (Gellner, 1983: 1–3).

Una de las tesis clave de la teoría de Gellner sostiene que las sociedades industriales desarrollan una presión estructural hacia la homogeneidad cultural, apenas observable en el mundo agrario y difícilmente realizable en ese contexto. Esta diferencia se explica porque, en las sociedades pre-industriales, la convivencia de múltiples lenguas, credos y costumbres era compatible con la estabilidad del orden social, basado en jerarquías fijas y una movilidad limitada. La diversidad cultural no sólo era tolerada, sino que a menudo resultaba funcional a la estructura estamental y a la segmentación de funciones dentro de la comunidad. Por el contrario, la sociedad industrial requiere un alto grado de movilidad social y funcionalidad técnica, lo que hace imprescindible la comunicación fluida, la alfabetización de masas y la uniformidad de códigos culturales. Sin un lenguaje común, una cultura compartida

y una educación estandarizada, la integración y el funcionamiento eficiente de la sociedad industrial se ven amenazados. Esta transformación convierte la homogeneidad en un requerimiento estructurante: allí donde no se cumple, se activa una lógica de irritación, sospecha o exclusión que alimenta la reacción nacionalista.¹

Esta tesis se acompañaba de otra, no menos provocadora, que situó a Gellner en el centro del debate modernista sobre el nacionalismo: la afirmación de que tanto las naciones como el nacionalismo son fenómenos modernos, y que, en contra del relato sostenido por los nacionalistas, es el nacionalismo el que da lugar a las naciones y no a la inversa.² Si bien este planteamiento desató en su momento una enorme controversia, particularmente entre nacionalistas y especialistas, desde la perspectiva actual resulta incluso más inquietante su reflexión sobre la homogeneidad. En su formulación, Gellner advierte que las sociedades modernas presentan límites estructurales al grado de heterogeneidad con el que pueden ser compatibles, y que el nacionalismo funciona como el principal mecanismo social e ideológico para imponer la homogeneidad cultural

demandada.³ Esta lógica homogeneizadora tiene implicaciones especialmente preocupantes para la organización interna de las sociedades modernas, pues a menudo sitúa a las minorías étnicas y culturales ante opciones muy restrictivas: adaptarse por la vía de la asimilación, enfrentarse a la exclusión o, en el extremo, convertirse en objeto de violencia. No obstante, estas no son las únicas salidas posibles. Frente a estas presiones, en ocasiones las minorías han desarrollado formas de nacionalismo defensivo o afirmación cultural autónoma, mientras que algunos Estados han intentado responder mediante estrategias de integración política o pluralismo institucional que, al menos en parte, amortigüen las exigencias homogeneizadoras del modelo del Estado-nación.

Aunque la teoría de Gellner no ha sido objeto de un estudio sistemático desde el eje de la homogeneidad, diversos autores han señalado problemas y aspectos insatisfactorios en su planteamiento. Anthony D. Smith sostiene que la perspectiva de Gellner resulta engañosa en parte, pues tiende a proyectar como universal el modelo del nacionalismo romántico alemán, centrado en la homogeneidad cultural, cuando en realidad la mayoría de los movimientos nacionalistas han priorizado la unidad política sobre la uniformidad cultural. Según Smith, la pulsión homogeneizadora identificada por Gellner no es ni necesaria ni inevitable, sino tan solo una posibilidad histórica y, de hecho, una posibilidad cada vez más contestada en el mundo contemporáneo (Smith, 1998; 2010). En una línea complementaria,

1. Conviene subrayar que Gellner no formula una defensa normativa del nacionalismo ni de la homogeneidad cultural. Su análisis revela cómo las condiciones de la modernidad industrial generan esta exigencia, pero no la celebra ni la legítima. En cambio, fue un crítico constante del nacionalismo, al que consideraba una ideología pobre intelectualmente, pero muy poderosa y potencialmente peligrosa, sobre todo cuando se convierte en justificación de políticas coercitivas de asimilación o exclusión.

2. Para una visión general del debate sobre la modernidad de las naciones y las distintas perspectivas teóricas sobre su origen, véanse Özkirimli (2017) y la antología editada por Ichijo y Uzelac (2005).

3. «No es el nacionalismo el que impone la homogeneidad por una voluntarista *Machtbedürfnis* cultural; es la necesidad objetiva de homogeneidad la que se refleja en el nacionalismo» (Gellner, 1983:46)

Daniele Conversi subraya que no existe nada automático ni estrictamente determinado en el vínculo entre industrialización, nacionalismo y homogeneización cultural; a su juicio, el empuje hacia la homogeneidad se relaciona más estrechamente con la lógica de la guerra y la organización militar que caracterizó a la Europa moderna, y depende de decisiones políticas concretas y contextos históricos específicos (Conversi, 2007). Por su parte, Thomas H. Eriksen ha subrayado que el marco teórico de Gellner resulta en buena medida superado por el auge del transnacionalismo. En la sociedad contemporánea, distintos actores, especialmente en el caso de las nuevas minorías migratorias, tienden a insertarse en redes transnacionales que desbordan los marcos clásicos de organización nacional. De este modo, la sociedad evoluciona hacia formas de organización cada vez más transnacionales, impulsadas por la globalización cultural (Eriksen, 2007; 2015). Desde esta perspectiva, Eriksen pone en cuestión no solo la viabilidad empírica del modelo gellneriano, sino también su centralidad teórica: la multiplicación de pertenencias y circuitos transnacionales vacía de contenido la noción misma de una cultura nacional homogénea como requisito estructural.

Un estudio sistemático de la homogeneidad en el contexto del Estado-nación debería incluir no solo las cuestiones abiertas por estas críticas, sino también aquellas relativas a la viabilidad de Estados y entidades políticas que no alcanzan ciertos umbrales de homogeneidad cultural (Kumar, 2017; Wimmer, 2018). Pero, sobre todo, debería prestar especial atención al examen de las estrategias empleadas históricamente para incrementar la homogeneidad de la población y adecuarla a los

parámetros exigidos por el modelo del Estado-nación (O'Leary, 2001). El presente trabajo se sitúa en ese ámbito, centrándose en el análisis de un grupo específico de estas estrategias que, siguiendo a Rae, pueden denominarse “homogeneización patológica”. Este concepto engloba un conjunto de prácticas empleadas para crear una población definida como homogénea, que abarcan desde la exclusión legal de las minorías de los derechos de ciudadanía, hasta la conversión forzada, la asimilación obligatoria, la expulsión o el exterminio (Rae, 2003: 5). En este estudio, nos centramos especialmente en las minorías que han resultado más vulnerables a estas estrategias extremas: poblaciones diásporas, intersticiales o intermediarias percibidas como incongruentes con los proyectos nacionales dominantes. Abordamos esta problemática en el marco del largo proceso de nacionalización en Europa, examinando la tesis de Gellner según la cual las prácticas violentas de homogeneización constituyeron una etapa específica de dicho proceso, que tuvo un impacto desproporcionado sobre estos grupos y consecuencias irreversibles para la fisonomía cultural, social y política del continente. Fue en estos escenarios donde las tensiones entre homogeneidad y pluralidad cultural alcanzaron su forma más extrema, dando lugar no solo a políticas de nacionalización coercitiva, sino a auténticos experimentos de ingeniería étnica y demográfica que definieron algunos de los episodios más oscuros de la historia europea moderna. Al analizar estas dinámicas, esperamos también aportar perspectiva sobre las exigencias y riesgos asociados a los procesos de homogeneización en las sociedades contemporáneas, más allá del marco europeo histórico.

2. De la asimilación a la limpieza étnica

A lo largo del tiempo, Gellner fue intensificando su atención a los procesos de violencia asociados al nacionalismo, aunque esta evolución ha pasado en gran medida desapercibida. En contra de la imagen extendida de un autor siempre crítico con los excesos del nacionalismo, sus primeras formulaciones teóricas se centraban en su potencial integrador. En *Thought and Change* (1964: cap. 7), el nacionalismo se presenta ante todo como una ideología integradora, necesaria para extender una cultura alfabetizada, que hasta entonces había estado restringida a las élites, al conjunto de la población. Desde esta perspectiva, el nacionalismo no es esencialmente excluyente, sino la base de la ciudadanía universal, la igualdad de oportunidades y la educación de masas. Gellner advertía que, en ausencia de este principio, la modernidad podría haber adoptado formas jerárquicas o racializadas. Esta visión reflejaba el clima de optimismo propio del periodo de posguerra y la confianza en los procesos de descolonización como transición modernizadora, en los que el nacionalismo actuaba como fuerza emancipadora y se asumía que, en Europa, ya había cumplido la mayor parte de su ciclo histórico.

Aunque ciertos indicios de preocupación ya se vislumbraban en sus escritos anteriores, fue a finales de los años ochenta cuando se produjo el giro más claro en su pensamiento, coincidiendo con el nuevo panorama internacional. Temía que la aplicación del principio nacional durante los últimos años de la Unión Soviética condujera a “guerras irredentistas, limpieza étnica y otras consecuencias negativas”

(Khazanov, 2023: 42). Esta situación activó una inquietud hasta entonces latente en su obra sobre las dinámicas posimperiales, llevándolo a adoptar una mirada retrospectiva más aguda hacia el conjunto del proceso de nacionalización, que plasmó en un esquema articulado en fases, altamente idealizado y limitado explícitamente a Europa (Gellner, 1994, 1996, 1997). Aunque no lo presentó expresamente como una periodización centrada en los métodos de homogeneización, su planteamiento puede interpretarse precisamente en esos términos. Históricamente, ante la imposibilidad de hacer coincidir las fronteras políticas con la distribución territorial de los distintos grupos etnoculturales, se han desplegado tres grandes estrategias de homogeneización cultural o étnica, empleadas tanto por actores estatales como no estatales: la asimilación, que persigue la adopción voluntaria o forzada de la lengua y la cultura mayoritarias; la redefinición de fronteras, que implica la secesión o unificación territorial para lograr una mayor coherencia entre una población definida nacionalmente y el Estado; y la limpieza étnica, entendida en sentido analítico y amplio, que abarca políticas orientadas a transformar violentamente la composición demográfica, desde la expulsión de un territorio hasta el exterminio. Estas tres estrategias corresponden, a grandes rasgos, a las fases centrales del proceso de nacionalización según este marco teórico.

Esta relectura permite considerar los métodos de homogeneización como fases dentro de una secuencia, en la que la violencia no actúa como una anomalía, sino como el desenlace previsible tras el fracaso de estrategias más benignas. Lo distintivo de este enfoque reside en la introducción de una lógica secuencial: la limpieza étnica aparece como la fase culminante

del proceso, cuando las clasificaciones nacionales pasan a ser literalmente una cuestión de vida o muerte, aunque esté precedida por etapas menos extremas. En este esquema, el recurso a la violencia solo empieza a considerarse en términos prácticos cuando se acumulan frustraciones ante la ineeficacia de los métodos previos de homogeneización. En un primer momento, se asumió con optimismo que la educación, la movilidad social y la estandarización administrativa permitirían integrar gradualmente de forma casi automática a las minorías. Sin embargo, lejos de disolver las diferencias, estas políticas impulsadas por Estados modernizadores activaron identidades periféricas y alentaron el surgimiento de nacionalismos minoritarios, en ocasiones con sus propias aspiraciones asimiladoras.

Cuando se constataron los límites de la asimilación y se percibió que no podía ofrecer respuestas rápidas al problema nacional, cobró fuerza una alternativa más drástica, aunque diplomáticamente aceptable: el rediseño de fronteras y la creación de nuevos Estados. Esta estrategia, aplicada especialmente tras la Primera Guerra Mundial, tenía como objetivo alinear nación y Estado, y con ello certificar la defunción de los grandes imperios multinacionales en Europa, en particular el otomano, el habsburgo y el zarista. Sin embargo, lejos de resolver las tensiones, el nuevo reparto territorial multiplicó el número de minorías insatisfechas y generó mayorías deseosas de ajustar cuentas, invirtiéndose en muchos casos las posiciones de unas y otras respecto al periodo imperial anterior. Los Estados sucesores resultaron débiles y frágiles, plagados de disputas revanchistas y con estructuras políticas precarias.

El contexto geoestratégico resultó decisivo en este proceso. El vacío dejado por los antiguos imperios fue ocupado por un mosaico de Estados incapaces de estabilizar sus fronteras ni de contener las ambiciones expansionistas de sus vecinos, pero ansiosos por nacionalizar rápidamente a poblaciones marcadamente multiculturales. Los episodios más intensos y numerosos de limpieza étnica se concentraron en estos territorios posimperiales, caracterizados por su diversidad demográfica y su condición fronteriza, donde la urgencia por imponer homogeneidad chocaba con realidades difíciles de transformar. Las fantasías de limpieza étnica, presentes desde mediados del siglo XIX, solo lograron materializarse a gran escala cuando estos Estados fueron incapaces de resistir militarmente a potencias mayores. La guerra, por su propia lógica, ofrecía el marco idóneo para aplicar formas de exclusión radical prácticamente impensables en tiempos de paz. En ese contexto, la violencia se desplegó con facilidad, amparada en el secreto bélico y la opacidad informativa, como ilustra Gellner con la imagen de *Nacht und Nebel* (“Noche y Niebla”), nombre de una operación nazi destinada a hacer desaparecer sin dejar rastro a opositores y enemigos políticos. La violencia étnica perpetrada en la guerra fue el desenlace extremo de un proceso acumulativo, alimentado durante décadas por políticas previas y por la progresiva radicalización de una lógica homogeneizadora.

A pesar de su deliberada sencillez, o quizás precisamente por ello, este enfoque, centrado en los métodos de homogeneización nacional, permite resaltar con especial claridad dos fenómenos clave de la historia europea del siglo XX. El primero es la formación de un nuevo sistema de Estados-nación tras la desaparición de

los imperios multinacionales, guiada por la consagración del nuevo principio de legitimación nacionalista y acompañada por el trazado de nuevas fronteras. El segundo es la extrema precariedad de las minorías en ese entramado posimperial, especialmente de aquellas cuya vulnerabilidad estructural facilitó su erradicación cuando se dieron las condiciones necesarias. La mirada de Gellner establece una relación directa entre ambos fenómenos: la creación de nuevos Estados agravó el problema de las minorías y la incapacidad de estos para gestionarlo incentivó su limpieza étnica en el contexto de un imparable colapso del orden internacional.

Esta interpretación histórica ha sido ampliamente desarrollada por autores como Mark Mazower (1998) y Benjamin Lieberman (2006). En la misma línea, Keith Lowe (2023) ha subrayado que los antiguos imperios europeos, pese a sus jerarquías, ofrecían marcos institucionales que toleraban y gestionaban la diversidad mediante equilibrios negociados. Frente a ello, los Estados surgidos tras la Primera Guerra Mundial intentaron redefinir sus poblaciones en clave étnica, tratando la heterogeneidad como un problema a resolver y generando entornos de “ganadores y perdedores” identitarios. La violencia emergió así como respuesta recurrente ante la nueva incapacidad estatal para gestionar la diversidad, especialmente en regiones fronterizas y espacios multiétnicos. Lowe destaca que la Segunda Guerra Mundial no fue únicamente un conflicto por el control territorial, sino también una guerra racial y étnica, en la que fueron exterminadas deliberadamente al menos diez millones de personas por motivos de pertenencia identitaria. Mark Levene (2013) ha subrayado que los episodios más extremos de limpieza étnica se con-

centraron precisamente en los *rimlands* europeos y otomanos: esas zonas periféricas o de frontera de los antiguos grandes imperios, donde la fragmentación política y la diversidad etnocultural creaban condiciones especialmente propicias para la exclusión radical. Marina Cattaruzza (2010: 115) ha propuesto, en este mismo sentido, interpretar el periodo comprendido entre 1918 y 1949 como una “guerra de los treinta años entre nacionalidades”, marcada por la ruptura del orden imperial, la homogeneización violenta de los nuevos Estados y la redefinición del espacio político europeo sobre bases étnicas.

La literatura especializada más reciente ha enfatizado, además, la centralidad de la homogeneización forzada en el devenir de los Estados-nación europeos. Michael Mann (2005) y Philipp Ther (2014) destacan que la limpieza étnica suele irrumpir como desenlace extremo tras el fracaso de métodos previos de integración o asimilación. De forma paradigmática, el estudio cuantitativo de Müller-Crepon et al. (2024) demuestra que cerca del 40 % del incremento en la homogeneidad estatal europea desde 1886 puede atribuirse a campañas de limpieza étnica, documentando 113 episodios y 56 millones de víctimas, especialmente concentrados en la primera mitad del siglo XX. Se trata de una cifra difícil de ignorar, que obliga a replantear la idea de la homogeneidad como simple resultado de dinámicas administrativas o educativas, y a reconocer el peso estructural de la violencia en la historia del Estado-nación europeo. En suma, la fase de la limpieza étnica representó un periodo crucial en la homogeneización de los Estados europeos, conseguido en gran medida a través de la exclusión y erradicación de las minorías más vulnerables.

3. La paradoja mercuriana

La homogeneización étnica suele concebirse como una relación triangular entre Estados en proceso de nacionalización, mayorías y minorías, estas últimas situadas en una posición incómoda entre el poder estatal y la nacionalidad dominante. En contextos marcados por la búsqueda violenta de homogeneidad, las minorías se convierten en blanco de ataques específicos, aunque no todas son igualmente vulnerables.⁴ En este marco, cobra especial relevancia el argumento desarrollado por Gellner para explicar la especial exposición de ciertas minorías en contextos de homogeneización violenta: poblaciones diásporicas sin base territorial definida ni respaldo político estatal, fácilmente identificables por su perfil cultural y ocupacional, y asociadas a menudo a funciones de intermediación económica o técnica. Se corresponden en gran parte con las llamadas *minorías intermediarias* (grupos étnicamente diferenciados especializados en el comercio o en servicios técnicos, según Van Den Berghe, 1981:

4. Una terminología distinta, aunque funcionalmente equivalente, ha sido propuesta por Harris Mylonas (2012). En lugar de hablar de mayorías y minorías, Mylonas introduce los términos *core group* y *non-core group*, y sitúa su análisis en torno a las decisiones de las élites políticas gobernantes. Esta terminología le permite formular una teoría sobre la selección de políticas de asimilación, acomodación o exclusión hacia los *non-core groups*, en función de factores tanto internos como internacionales. Aunque dedica especial atención al caso armenio dentro del Imperio Otomano, su marco no contempla otras poblaciones típicamente diásporicas, como judíos o romaníes, que fueron sistemáticamente seleccionadas para la exclusión, pero que no encajan del todo en el modelo que propone ni son objeto de una discusión específica.

138; Zenner, 1991), así como con las *minorías mercurianas*, descritas evocadamente por Yuri Slezkine (2004). Reid (1997: 34) ha propuesto el término *minorías emprendedoras* (*entrepreneurial minorities*), subrayando así el papel dinámico e innovador de estos grupos en el desarrollo económico, más allá de la mera intermediación. Aunque estos términos presentan connotaciones y énfasis distintos, en este artículo se utilizan de manera prácticamente equivalente para describir una misma figura social: la minoría diásporica modernizadora en una situación de desprotección estructural.

Slezkine (2004: 20-39) describe a las minorías mercurianas como herederas de Mercurio, dios de los comerciantes, artesanos e intermediarios, en contraposición a la mayoría “apolínea”, vinculada al trabajo agrícola y al ejercicio del poder coercitivo. Esta distinción simbólica expresa una división social más profunda. Las minorías mercurianas, generalmente de origen extranjero y culturalmente diferenciadas, cumplían funciones especializadas en la mediación, el comercio o las finanzas, lo que las mantenían al margen tanto del sistema productivo tradicional como del poder político, del que solían estar excluidas o solo eran admitidas en posiciones subordinadas. Su alto nivel de alfabetización, el uso de lenguas sagradas y alfabetos propios, así como su separación cultural, contribuían a reforzar tanto su utilidad funcional como los prejuicios que suscitaban. Esta posición ambigua, que combinaba centralidad económica con subordinación política y cultural, las hacía imprescindibles para las élites, que a menudo las protegían, pero también sospechosas ante las mayorías, que las percibían como cuerpos extraños, fácilmente identificables y objeto de desconfianza.

En contextos de crisis, esta percepción se traducía en hostilidad, y estas minorías se convertían en blancos predilectos de acusaciones colectivas. En Europa, comunidades como los judíos, griegos, armenios o alemanes hanseáticos encarnaron, en distinta medida, este perfil mercuriano, sobre todo en el interior de los antiguos imperios multiétnicos.⁵

Gellner analiza las condiciones que hicieron posibles las persecuciones modernas contra las minorías mercurianas a partir de dos líneas argumentativas desarrolladas en momentos distintos y sin conexión explícita entre sí, aunque convergentes en su lógica. Se trata de aspectos de su obra que no son muy conocidos y que exigen cierta labor de búsqueda en su producción. El primero de ellos, formulado en *Nations and Nationalism* (1983: 101-110), sostiene que la modernidad alteró el delicado equilibrio estructural que había permitido la supervivencia ambigua de estas minorías, al desencadenar dos procesos paralelos pero de signo opuesto: un ascenso socioeconómico y una pérdida de protección política.

Por un lado, las minorías mercurianas ascendieron al verse favorecidas por atributos que ya habían cultivado antes que otros sectores de la población: alfabetización, adaptabilidad, especialización técnica y una orientación comercial que pronto se volvió central en el nuevo ecosistema económico. Todo ello constituyó una forma de capital cultural acumulado que les permitió adaptarse con mayor rapidez a las exigencias del orden moderno. A esa ventaja se sumaba otra menos visible: al

5. Como ha señalado Muller (2010: 252), el perfil funcional, simbólico y estructural que describe Slezkine está en gran medida anticipado por el marco gellneriano, aunque ello no siempre sea reconocido de manera explícita.

haber estado históricamente excluidas de los códigos de honor y prestigio propios del Antiguo Régimen, basados en la tierra, la jerarquía militar y el consumo suntuario, no arrastraban los hábitos y valores que obstaculizaban la transición hacia la racionalidad capitalista. Mientras otros sectores debían desprenderse progresivamente de ese legado feudal, ellas ya estaban orientadas hacia formas de vida funcionales en el nuevo orden. Aunque estas capacidades comenzaron a difundirse progresivamente al conjunto de la sociedad, estas minorías partían con una ventaja significativa y prosperaron con mayor rapidez, ocupando posiciones económicas y profesionales por encima de amplias capas de la mayoría.⁶ Este ascenso fue facilitado, además, por la desaparición gradual de las barreras estamentales que había impuesto el Antiguo Régimen, lo que abrió nuevas oportunidades de integración formal sin eliminar del todo su diferencia social y cultural.

En paralelo, su protección política se volvió más incierta. En el viejo orden, la cúspide del poder las amparaba en la medida en que cumplían funciones específicas, a menudo reservadas exclusivamente para ellas; en el nuevo, el Estado liberal dejó de respaldar monopolios sociales y perdió interés en proteger a grupos que ahora competían directamente con una población mayoritaria en proceso de volverse también “mercuriana”. Presionado por las expectativas de esa mayoría, el poder

6. Reid también ha señalado que la ausencia de ataduras feudales y propiedades territoriales permitió a estas minorías aprovechar con rapidez las oportunidades del capitalismo comercial. Su posición liminal y sus redes internacionales facilitaron un papel pionero en la movilización transfronteriza de capital y mercancías, así como una fuerte propensión al riesgo (Reid, 1997: 43).

político tendió a favorecer medidas que canalizaban su descontento, incluso a costa de las antiguas minorías protegidas. A medida que otros sectores de la población adquirían las competencias antes reservadas a esas élites mercurianas, estas comenzaron a ser vistas como superfluas para el desarrollo nacional. Habían cumplido una función histórica específica, pero, una vez desplazada esa utilidad por el progreso generalizado, su diferencia se volvió menos tolerable y más irritante. Este nuevo escenario acentuó su visibilidad y favoreció su re-estigmatización, convirtiéndolas en blanco de un resentimiento creciente, intensificado por las tensiones propias del cambio que imponía la modernidad. Su presencia en sectores clave como el comercio, las profesiones o la comunicación consolidaba su perfil diferencial y alimentaba las percepciones de privilegio o hegemonía, especialmente cuando eran percibidas como extranjeras y escasamente asimilables. Este clima no solo erosionaba su legitimidad social, sino que las situaba en una posición estructuralmente vulnerable, en un entorno marcado por pulsiones homogeneizadoras y dinámicas aceleradas de nacionalización. En este contexto, el control de partes sensibles de la economía por parte de grupos no nacionales no se toleraba como una anomalía pasajera, sino que se vivía como una amenaza directa al ideal de una comunidad nacional orgánicamente homogénea y plenamente desarrollada. En tales escenarios, la persecución no apareció como un accidente, sino como una respuesta coherente a esa anomalía (Gellner, 1983: 106).

Muller (2010) acierta al señalar que la dimensión judía en *Nations and Nationalism* ha pasado generalmente inadvertida por su sutileza, pese a su notable capacidad

explicativa para comprender la situación especialmente comprometida en la que se encontraron estas minorías durante este periodo. Muller reivindica así el valor del análisis de Gellner, pero deja fuera una segunda línea argumental, que este introduce en los años noventa, y que complementa el análisis centrado en factores estructurales previamente examinados (como el ascenso social diferencial de estas minorías y la pérdida de su apoyo político tradicional) con una reflexión sobre la disonancia simbólica profunda que encarnaban las comunidades mercurianas en la era del nacionalismo orgánico. Estas minorías sumaban a su condición diáspórica una presencia destacada en sectores comerciales, profesionales e intelectuales, todos ellos típicamente urbanos y especializados. Estas actividades, asociadas al cosmopolitismo y a una aparente desvinculación del territorio, contrastaban con el ideal nacionalista de autenticidad, basado en las "raíces". Esa percepción de ajenidad transformaba lo que en otro contexto habría sido una mera diferencia cultural en una indeleble falta moral. "Si bien el nacionalismo suele ser amargamente hostil hacia comunidades vecinas y rivales, su veneno más fuerte no lo reserva para aquellas con raíces competitidoras, sino para quienes carecen de raíces por completo" (Gellner, 1995: 4). Este tipo particular de minorías dispersas, insuficientemente concentradas en territorios contiguos, minorías que podríamos llamar *intersticiales*, no simplemente etnonacionales, provocaba una forma de irritación singular, al simbolizar una anomalía radical en un mundo donde la identidad nacional y el culto al arraigo se habían convertido en norma. En ese marco simbólico, los judíos encarnaban por excelencia dicha anomalía: se los percibía como un pueblo

sin tierra, sin vínculo rural, sin “abuelita campesina”, como ironiza Gellner al observar que “un checo sin abuelita campesina es un contrasentido; nunca se ha oído hablar de tal cosa” (Gellner, 1995: 5). Excluidos de las comunidades nacionales, representaban su antítesis.

Esta percepción simbólica se radicalizó aún más con el auge de los nacionalismos extremos. El desarraigo no solo excluía de la nación, sino que despojaba de legitimidad humana al desarraigado, al convertirlo en una anomalía frente a un ideal de comunidad entendida como sana, orgánica y culturalmente enraizada: “Un hombre sin nación desafía las categorías reconocidas y provoca repulsión” (Gellner, 1983: 6). La inclinación intelectual, característica de muchas profesiones judías, despertaba sospechas en un clima que asociaba el pensamiento abstracto con la degeneración y lo antipopular, en sintonía con los discursos biológicos del darwinismo social. Por ello, el nacionalismo extremo llegó a concebir a los judíos como “la encarnación de la astucia cerebral patogénica, profundamente antitética a la salud y a la comunidad” (Gellner, 1996: 119). En ese marco, eran percibidos como una forma de contaminación imposible de purificar mediante asimilación o desplazamiento. Excluidos de todas las naciones y considerados una amenaza para cada una de ellas, su exterminio pasó a concebirse como una solución extrema, pero coherente con esa cosmovisión. En un mundo donde la humanidad entera se imaginaba a través de la forma nación, quienes no pertenecían a ninguna quedaban, en última instancia, fuera de lo humano.

Durante el auge del nacionalismo orgánico, todas las minorías fueron vulnerables,

pero las intersticiales, como los judíos, y también, significativamente, los romaníes, lo fueron de forma especialmente aguda (Illuzzi, 2023). A diferencia de las minorías nacionales, no podían reivindicar un territorio propio desde el que pudieran defenderse, y su ubicuidad resultaba sospechosa: estaban presentes en todos los bandos, pero seguras en ninguno. Como ilustra Veidlinger (2021: 16) en su estudio sobre los pogromos tras la Revolución Rusa, los judíos fueron acusados por todas las partes: los bolcheviques los tachaban de burgueses; los nacionalistas, de bolcheviques; los ucranianos, de rusos; los rusos, de germanófilos; y los polacos, de traidores. Incapaces de articular una demanda de soberanía ni de generar confianza, quedaron atrapados en una lógica de sospecha omnidiagonal: siempre había un judío al que culpar. Los escenarios de gran turbulencia política proporcionaron el marco perfecto para la eliminación de las llamadas “minorías eternas”.

El exterminio de masas estuvo dirigido, ante todo, contra ciertas poblaciones consideradas especialmente inadecuadas para habitar una Europa destinada a exemplificar el ideal nacionalista de comunidades homogéneas, que celebraban con júbilo una cultura compartida, orgullosas y seguras al saberse protegidas por una organización política comprometida, por encima de todo, con la salvaguarda y perpetuación de esa cultura (Gellner 1996: 118)

Estigmatizadas por su perfil cultural y excluidas del poder, estas minorías quedaron sin defensa en el nuevo orden nacionalista. Su eliminación no fue un accidente, sino el desenlace trágico del impulso homogeneizador, que recayó en ellas con especial violencia: no por azar fueron ellas quienes sufrieron los peores

efectos de la limpieza étnica. Esta secuencia histórica y simbólica condensa la gran paradoja de la modernidad para las minorías mercurianas. Por un lado, la nueva economía capitalista y el desmantelamiento de las antiguas jerarquías sociales les permitieron ascender socialmente como nunca antes, incorporarse a la sociedad mayoritaria a través de la educación y prosperar en profesiones abiertas por la liberalización institucional. Al mismo tiempo, sin embargo, ese mismo proceso de modernización política, marcado por el ascenso de las masas y la nacionalización de la vida pública, las convirtió en figuras de creciente rechazo. En cierto sentido, fueron víctimas de su propia precocidad moderna: habían adoptado con anterioridad, y con mayor intensidad, las competencias, valores y formas de vida que la nueva sociedad iba a exigir a todos. La disolución del viejo orden, que les había ofrecido protección bajo formas políticas estamentales o imperiales, las dejó expuestas a una legitimidad incierta, dependiente ahora de la aceptación mayoritaria. Esa mayoría se integró fundamentalmente a través de nuevas formas de participación política que reproducían los esquemas nacionalistas, reforzados por una idea de comunidad anclada en las “raíces” y la homogeneidad cultural. Las *Megalomanías* imperiales dieron paso a las *Ruritanias* nacionales (Gellner, 1983: cap. 5). En ese proceso, las minorías mercurianas quedaron siempre en una situación vulnerable: demasiado estigmatizadas para ser absorbidas, demasiado exitosas para no generar recelo y demasiado desprotegidas para poder defenderse.⁷

En conjunto, el argumento de Gellner configura un tipo ideal que permite comprender la lógica estructural que empuja a ciertas minorías hacia la exclusión violenta en contextos de nacionalización: modernizadas antes que la mayoría, ajenas a los códigos simbólicos del arraigo nacional, e incapaces de invocar una territorialidad propia, encarnan una disonancia funcional y simbólica que el nacionalismo percibe como intolerable. Bajo esta lente, la limpieza étnica aparece no como una anomalía, sino como una consecuencia sistemática del ideal moderno de homogeneidad.

4. Los límites de la ideología

Como vimos en una sección anterior, Gellner introdujo en sus últimas formulaciones una atención mucho más específica a los escenarios de violencia. Este giro corrió en paralelo a una reconsideración del papel de la ideología. Hasta mediados de los años ochenta, su modelo del nacionalismo evitaba apelar a factores ideológicos y se apoyaba en una explicación materialista y estructural centrada en la necesidad de homogeneidad cultural. Sin embargo, a partir de los años noventa, incorporó con mayor detalle el componente ideológico,

explica cómo la modernización y la construcción nacional convirtieron a los judíos en la «minoría por excelencia» y documenta que diversas democracias y dictaduras (Grecia, Polonia, Hungría, Rumanía, entre otras) aplicaron, antes del nazismo, políticas de expulsión y despojo destinadas a abrir espacio económico y simbólico para la mayoría nacional. En Salónica, tras el intercambio greco-turco de 1923, más de 100 000 refugiados griegos recién llegados reclamaron el puerto y los negocios controlados durante siglos por los judíos sefardíes. Las autoridades presentaron la medida como una forma de «poner el comercio en manos helenas» (Aly, 2020: 151-153).

7. Para un estudio de conjunto que sitúa el antisemitismo dentro de la lógica paneuropea de homogeneización étnica, véase Aly, G. (2020). El autor

especialmente para explicar las formas más extremas de violencia nacionalista.

En este sentido, Gellner (1996: 119–123) ofrece un análisis especialmente perspicaz de la «metafísica» de los asesinatos de masas de los años cuarenta, que «constituye una parte integral y significativa de la historia intelectual de Europa». Subraya, además, que esta lógica exterminadora no se limitó al nacionalsocialismo alemán, sino que estuvo presente en «nazis de una amplia variedad de nacionalidades» (Gellner, 1996: 119), poniendo así de relieve la dimensión paneuropea de una ideología compartida por distintos movimientos nacionalistas de la época.

Lejos de interpretarlo como una anomalía histórica, Gellner perfila esta variante extrema del nacionalismo como una síntesis ideológica profundamente enraizada en la tradición intelectual europea: «en su naturalismo, es una continuación de la Ilustración, y en su communalismo y culto a la idiosincrasia, forma parte de la reacción romántica» (Gellner 1996:122). Su análisis traza una genealogía intelectual que vincula la crítica romántica temprana a la Ilustración con el culto a las raíces y al mundo campesino, rasgos centrales del imaginario *völkisch*. Aunque Gellner no menciona explícitamente este movimiento ni la literatura del *Blut und Boden*, su descripción coincide con esa constelación ideológica, definida por la exaltación de lo autóctono y el rechazo de cualquier forma de universalismo ético. Esta matriz cristalizó a lo largo del siglo XIX en redes de sociabilidad nacionalista, especialmente a través de organizaciones estudiantiles y deportivas, que anticiparon y prepararon

el terreno para los movimientos de masas del siglo XX.⁸

En ese horizonte ideológico, determinadas lecturas de la teoría de la evolución y de la voluntad de poder nietzscheana desempeñaron un papel radicalizador decisivo. Hacia finales del siglo XIX intensificaron una lógica ya presente al incorporar elementos biologicistas, el culto a la vitalidad física y discursos regeneracionistas. “Darwin, tal como fue interpretado por Nietzsche, complementa a Herder” (Gellner, 1996:121). Rasgos como el pensamiento abstracto, el cosmopolitismo, la compasión o el pacifismo pasaron a codificarse como síntomas de degeneración. La nación se imaginó entonces como un organismo cuya salud exigía vigilancia constante y la eliminación de elementos patológicos. Con ello se configuró un mecanismo nacional de cierre social sustentado, sobre todo, en una oposición estructurante: por un lado, mayorías dispuestas a fusionarse, sin reparar en medios, en una comunidad concebida como natural, sana y enraizada en pueblo y tierra; por otro, minorías que no solo quedaban excluidas de ese orden, sino que eran vistas como su amenaza más radical. A medida que las identidades religiosas perdían fuerza como criterio de pertenencia, se impuso un marcador más profundo y excluyente: la genealogía. Ya no bastaba con conocer la fe de un individuo, era necesario interrogarse por la de sus abuelos (Gellner, 1997:73).

Gellner relaciona esta radicalización ideológica con un componente central de este nacionalismo: su militarismo expansio-

8. Véanse, entre otros, Mosse (1981) y Aly (2014), que han reconstruido la evolución de este tipo de nacionalismo en torno a la exaltación de la comunidad orgánica, las raíces populares y el rechazo del racionalismo ilustrado.

nista, sostenido por la persistencia de un “pensamiento campesino-militar”, es decir, la creencia de que la riqueza y el prestigio provienen del control de la tierra, no del comercio ni de la racionalidad abstracta. En el contexto de la crisis del liberalismo burgués, percibido como disolvente, anémico y fracasado, se revalorizaron los valores guerreros de la sociedad agraria, exaltados por la retórica *Blut und Boden*. Este imaginario se sostenía en el culto a las culturas populares y campesinas y en rituales de camaradería comunitaria que actuaban como antídoto simbólico frente a los efectos disgregadores de la modernidad capitalista e industrial. Su figura emblemática fue el *campesino-soldado*, presentado como encarnación de pureza étnica, arraigo territorial y disposición al sacrificio por la comunidad nacional.⁹ Durante el periodo de entreguerras, y ya en los años previos a la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo orgánico, según Gellner, formuló una promesa carismática: construir una sociedad industrial moderna y disciplinada sin renunciar a la cohesión emocional ni a la continuidad moral de las comunidades tradicionales. El nazismo llevó esta idea al extremo al «dotar a una *Gesellschaft* industrial y anónima de la poderosa y eficaz ilusión de ser una auténtica *Gemeinschaft*» (Gellner, 1996:121).

9. Sobre la centralidad de la conquista territorial con fines agrícolas en el pensamiento de Hitler, véase Snyder 2015, cap.1). El autor muestra que Hitler se inspiró, en un primer momento, en los nuevos Estados balcánicos surgidos tras el colapso otomano, caracterizados por economías agrarias, retóricas de liberación étnica y guerras periódicas de expansión territorial y fiscal (Snyder 2015:36-37). Esa matriz campesino-militar fue retomada y radicalizada en su proyecto racial y ecológico del *Lebensraum*.

Sin embargo, esa promesa llevaba consigo una advertencia: sólo era realizable si se preservaba la pureza del cuerpo nacional. Los grupos considerados excesivamente particulares, ontológicamente inasimilables y sin ubicación posible dentro de un orden legítimo, reforzaban su condición de amenazas estructurales. Su mera presencia desestabilizaba la ficción de homogeneidad sobre la que se fundaba la idea nacional. La crisis del liberalismo en el periodo de entreguerras, unida al colapso del orden político internacional y al fracaso de los métodos anteriores de homogeneización nacional, generó un escenario fértil para la purga de aquellas “minorías eternas/universales” que simbolizaban lo desarraigado, intelectual y cosmopolita. En este marco ideológico, la exclusión de ciertos colectivos no se entendía como una desviación, sino como una condición necesaria para alcanzar la plenitud nacional. La vigilancia, la depuración y la erradicación se integraban en un proyecto de regeneración colectiva, donde la violencia no era un crimen, sino un acto de higiene moral y un deber patriótico. Así entendida, la violencia no fue fruto de impulsos atávicos ni de cálculos individuales, sino expresión de una racionalidad valorativa colectiva, orientada por principios normativos compartidos (Gellner, 1996: 122).

En síntesis, Gellner interpreta la violencia étnica extrema de los años cuarenta como culminación de lógicas ideológicas incubadas en el pensamiento europeo moderno. La frustración generada por el intento de reordenar territorios demográficamente heterogéneos desembocó en formas extremas de exclusión, dirigidas especialmente contra las minorías intersticiales. Esta violencia no se explica por un simple colapso del orden político, sino por ideologías que concebían la nación como comunidad

orgánica y homogénea, e identificaban como antagonistas esenciales a quienes carecían de “raíces” o arraigo popular reconocible. Estas minorías pasaron a percibirse como universalmente incompatibles con el ideal de autenticidad nacional. En este marco doctrinal, el “comunalismo romántico-biológico” y el “pensamiento campesino-militar” no actuaron como simples justificaciones, sino como fuerzas que impulsaron hacia la purificación del cuerpo nacional. Con este análisis, Gellner confiaba en haber logrado identificar, en la intersección entre factores ideológicos y estructurales, una explicación convincente de los “excesos más extremos del nacionalismo moderno” (1994: 28). Era un avance notable: él mismo había reconocido previamente que su modelo original, centrado en las exigencias estructurales de la modernidad industrial, no bastaba para explicar las expresiones más virulentas del fenómeno (1983: 139).

Sin embargo, la incorporación del componente ideológico introduce tensiones metodológicas en un modelo concebido para explicar de forma estructural la presión hacia la homogeneización nacional, que, como ya hemos visto, se traduce especialmente en la exclusión de minorías étnicas especializadas. Si, como se desprende del análisis de Gellner, estas minorías generan una tensión persistente con el Estado-nación moderno, cabe preguntarse hasta qué punto hacen falta motivaciones ideológicas adicionales para dar cuenta de su exclusión. La ideología ciertamente ayuda a explicar estallidos de violencia extrema, como los ocurridos bajo el nazismo; pero la dificultad de inclusión de las minorías intersticiales continuó en los régimes comunistas de posguerra. Como ha señalado Keith Lowe (2023), la diversidad étnica no desapareció del campo de

conflicto bajo el comunismo: en algunos contextos, la persecución de poblaciones minoritarias incluso se intensificó, lo que revela hasta qué punto las lógicas de exclusión nacionalista pueden entrelazarse con proyectos oficialmente igualitarios e internacionalistas. Este fenómeno remite a la hipótesis de fondo: la propia configuración del Estado-nación moderno, y la lógica nacionalista que le es consustancial, tiende a reproducir formas sistemáticas de cierre identitario. El impulso homogeneizador y la limitada capacidad para integrar minorías funcionalmente especializadas y territorialmente dispersas alimentan este patrón, con independencia de la ideología que lo revista en cada coyuntura histórica. La ideología puede agudizar y justificar el rechazo, pero no constituye una condición indispensable para que esta tenga lugar.

El contexto de posguerra en Europa Central y Oriental ilustra con particular claridad esta circunstancia. Dado el interés de este fenómeno en la historia de la homogeneización nacional en Europa, merece la pena examinar su lógica, aunque sea de manera sumaria. Entre 1944 y 1951, alrededor de veinte millones de personas fueron desplazadas por la fuerza en el marco de una reconfiguración demográfica masiva que aspiraba a resolver de forma definitiva el llamado “problema de las minorías”, consideradas una fuente crónica de inestabilidad. Esta estrategia, impulsada principalmente por la Unión Soviética con el respaldo de las potencias occidentales, tenía como objetivo consolidar Estados étnicamente homogéneos en la región, y afectó sobre todo a grupos con una base territorial claramente definida. Sin embargo, esta solución no ofrecía una respuesta viable para las minorías diáspóricas o intersticiales, como la judía o la romaní. Su

perfil socioeconómico distintivo y su falta de anclaje territorial las situaban fuera de los marcos de integración étnico-nacional, condenándolas a una posición de vulnerabilidad. Ni la condena del racismo ni la adopción de discursos igualitaristas lograron alterar esta dinámica.

Resulta particularmente revelador observar el giro, tan abrupto como sorprendente, en la actitud del comunismo hacia los judíos tras la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, muchos encontraron en los movimientos comunistas espacios de integración y ascenso, al ser considerados aliados naturales por su compromiso antifascista e internacionalista. Sin embargo, esta apertura resultó ser solo un preludio a su posterior pérdida de protección política, en un proceso que guarda paralelismos con lo sucedido en otros contextos europeos. La necesidad urgente de legitimarse ante las poblaciones locales, unida a determinados cálculos geopolíticos, llevó a los regímenes comunistas a distanciarse de aquellas minorías cuyo perfil no encajaba con los procesos de consolidación nacional. Aunque dichos regímenes se proclamaban internacionalistas, en la práctica adoptaron lógicas de nacionalización con efectos homogeneizadores similares a los de los Estados-nación clásicos. La persistencia del antisemitismo se revela en los pogromos de posguerra, que fueron tolerados o instrumentalizados por las nuevas autoridades como vía para reforzar la cohesión interna y contrarrestar el estigma del “judeobolchevismo” (Lowe, 2012, cap. 17). La creación del Estado de Israel en 1948, inicialmente respaldada por la URSS, intensificó las sospechas sobre la lealtad de los judíos soviéticos, etiquetados como “cosmopolitas sin raíces” o “nacionalistas judíos”, en una retórica inquietantemente similar a la de los

nacionalismos étnicos que el comunismo afirmaba combatir (Snyder, 2010).

La política soviética hacia los judíos en la posguerra confirma la hipótesis gellneriana originaria sobre la dificultad estructural de integrar a minorías diáspóricas en entidades políticas modernas. Ya en los años treinta, la creación de Birobidzhán como región autónoma judía había expuesto los límites del régimen soviético de nacionidades frente a comunidades sin anclaje territorial definido (Gessen, 2016). Tras la Segunda Guerra Mundial, estos límites se hicieron aún más visibles. Lo que siguió fue una hostilidad creciente, tanto oficial como social, que convirtió a los judíos en una comunidad incómoda, prescindible y persistentemente percibida como un cuerpo extraño dentro de los marcos nacionales. Ante la falta de seguridad, la población judía se vio empujada a emigrar, a menudo mediante desplazamientos forzados o inducidos, en la mayoría de los países de la órbita soviética. Estas dinámicas, particularmente notorias en países como Polonia, llevaron a que fuera precisamente el régimen comunista polaco quien, de forma paradójica, acabara cumpliendo los antiguos anhelos del nacionalismo étnico, operando como “los últimos compases de la limpieza étnica” orientada a consolidar Estados homogéneos (Gross, 2006: 243). Buena parte de la historiografía coincide en que estas políticas representaron una adaptación específica de las prácticas de limpieza étnica a las condiciones políticas y sociales de la Europa Central y Oriental de posguerra (Applebaum, 2012; Snyder, 2010; Lowe, 2012).

En suma, el comunismo terminó revirtiendo su actitud hacia el mundo judío y recurrió a medidas drásticas cuando necesitó reafirmar sus credenciales nacionales.

Ese giro indica que la dificultad de integrar minorías intersticiales está inscrita en la lógica misma del Estado-nación moderno, al margen del ropaje ideológico que adopte en cada coyuntura. Esta constatación relativiza, o al menos matiza, la necesidad de recurrir a la ideología para explicar fenómenos como este, tal como hizo Gellner en sus últimas formulaciones, cuando concedió un mayor protagonismo al componente ideológico. Ahora bien, si bien esa incorporación introduce tensiones metodológicas en el interior de su modelo -una manifestación más de la vieja dicotomía entre estructura e ideología que atraviesa las ciencias sociales-, no por ello deja de ser legítimo, e incluso necesario, apelar a la dimensión ideológica para explicar episodios concretos de hostilidad obsesiva, como demuestran el nazismo y otras variantes del nacionalismo orgánico, donde los judíos fueron definidos como antagonistas fundamentales y núcleo simbólico de la amenaza. Reconocer esta dimensión implica admitir los límites de los modelos puramente estructurales para dar cuenta de las derivas más extremas del nacionalismo moderno.¹⁰

Con todo, la objeción más relevante a la lectura de Gellner no se refiere a esa tensión metodológica en abstracto, sino a la incompletitud de su incursión en el análisis ideológico. Aunque acierta al señalar el papel central del imaginario romántico-biológico en la violencia nazi, deja fuera las ansiedades de carácter geopolítico y securitario que se explotaron con eficacia

para presentar a la minoría judía, ya estigmatizada, como una “quinta columna” al servicio del desorden internacional y de potencias extranjeras. Al omitir ese nivel, se pierden claves esenciales para entender cómo poblaciones minoritarias acabaron elevadas a la categoría de amenazas existenciales y, en último término, se legitimó su eliminación. Este punto ciego de su enfoque se vuelve aún más evidente cuando dirigimos la mirada a los armenios, otra minoría mercuriana víctima del vertiginoso proceso de construcción nacional que se desplegó paralelamente al desmoronamiento del vasto imperio multiétnico al que pertenecían.

5. El caso armenio a la luz del paradigma gellneriano

Aunque inspirado en la experiencia judía de entreguerras, el argumento de Gellner sobre la difícil integración de las minorías diáspóricas en los Estados-nación surgidos de imperios multiculturales puede aplicarse a otros contextos con características similares. La violencia nacionalizadora del siglo XX no se limitó a las “tierras de sangre” descritas por Snyder (2010); ya durante la Primera Guerra Mundial se produjo otro episodio masivo de eliminación sistemática: la persecución de la población armenia por parte del régimen otomano. Este caso plantea una cuestión analítica central: en qué medida puede explicarse mediante el marco conceptual gellneriano y hasta qué punto permite ponerlo a prueba o ampliarlo.

No se trata de establecer comparaciones directas con el genocidio judío ni con otras formas de limpieza étnica (Bloxham, 2005; Dadrian, 2019; Melson, 1992),

10. La relación entre ideología y violencia étnica extrema es un eje central del debate especializado actual. Aunque se acepta que las ideologías excluyentes agravan los conflictos, persiste la discusión sobre si son causas autónomas o amplificadores de dinámicas estructurales (Maynard, 2022).

sino de examinar en qué medida el caso armenio se aproxima o se aleja del tipo ideal formulado por Gellner, a partir de categorías como disolución imperial, presión nacionalizadora, estigmatización de minorías diáspóricas, éxito social diferencial y erosión del respaldo político. En este sentido, puede contribuir tanto a expandir el alcance del modelo como a revelar sus límites o puntos ciegos.¹¹

Para ello, será necesario referirse a algunos aspectos de la compleja situación del Imperio otomano en las últimas décadas de su existencia. Su diversidad étnica era manifiesta: el imperio abarcaba dos de los tres grandes *rimlands* (el balcánico y el que se extiende del Cáucaso a Anatolia oriental) que Mark Levene (2005) identifica como especialmente proclives a episodios de limpieza étnica. La primera oleada de limpieza étnica en Europa se produjo durante la Gran Crisis de Oriente (1875–1878). Las principales víctimas fueron cientos de miles de musulmanes expulsados de los Balcanes y del Cáucaso, y reasentados en Anatolia a raíz del auge de los nacionalismos balcánicos y del avance militar ruso. Esta oleada de sufrimiento y desarraigamiento, conocida en la historiografía turca como *sökümü* (literalmente, “desmantelamiento” o “descosido”), marcó el inicio del proceso de disolución del orden

multiétnico otomano. Esta crisis no sólo precipitó el colapso imperial, sino que constituyó, como señala Donald Bloxham (2008: 1–2), el genuino primer acto de lo que Lord Curzon denominó el *unmixing of peoples* de las poblaciones posimperiales europeas (Brubaker, 1996). En el *rimland* situado entre Anatolia oriental y el Cáucaso, las principales víctimas fueron los armenios, cuya singularidad cultural y distribución geográfica y sociodemográfica los convirtió en un blanco específico del proyecto nacionalista que empezaba a perfilarse en el seno del Estado otomano.

El Imperio otomano estuvo dirigido en su fase terminal por los Jóvenes Turcos, un movimiento de élites modernizadoras que accedió al poder en 1908 y consolidó su control tras derrocar al autocrático Abdülhamid II al año siguiente. Su objetivo era reformar el imperio para evitar su desintegración definitiva. En un primer momento, adoptaron un programa integrador de corte otomanista, con la aspiración de construir una ciudadanía común más allá de las divisiones etnorreligiosas, mediante un ambicioso programa de modernización estatal inspirado en modelos europeos. Este proyecto incluía la creación de una administración centralizada y de un sistema educativo universal en lengua turca. Sin embargo, muchas minorías lo percibieron como un proyecto de turquificación encubierta, y fracasó rápidamente. Las guerras balcánicas de 1912–1913, en las que el Imperio perdió más del 80 % de su territorio europeo y cerca del 70 % de su población en menos de dos semanas, precipitaron el colapso del modelo otomanista e inauguraron un proyecto abiertamente homogeneizador (Akçam, 2023: 67). A partir de entonces, los Jóvenes Turcos adoptaron abiertamente el nacionalismo turco como

11. Gellner apenas alude al caso armenio, tanto al tratar la limpieza étnica (1996: 118; 1997: 47) como el nacionalismo de diáspora (1983: 105), que concibe principalmente como una reacción frente al nacionalismo del grupo dominante. Panossian (2006: 12) cuestiona esta premisa: el nacionalismo armenio en la diáspora habría precedido notablemente al turco y al persa, y no surgido como respuesta. Aunque esta crítica es sugerente, tanto ella como el debate sobre la validez del modelo gellneriano para explicar el nacionalismo turco exceden el objetivo de este artículo.

nueva fuerza cohesionadora, aunque aún formulado en clave imperial. El imperio otomano fue un caso paradigmático de “imperio nacionalizante”: un Estado que, sin romper del todo con su legado imperial, intentó redefinirse como una entidad nacional homogénea (Eissenstat, 2015). Como en otros contextos de la época, se trataba de un nacionalismo orgánico e integral, que concebía la nación como una comunidad simultáneamente cultural y natural, unida por lengua, territorio e historia.

En términos comparativos, el nacionalismo turco fue tardío, elitista y reactivo. No surgió de una movilización popular ni de una tradición intelectual nacional previa, sino que se articuló como respuesta defensiva de las élites ante la desintegración imperial. Inspirado en los modelos francés y alemán, lo elaboró un núcleo reducido de intelectuales modernizadores, muchos de origen no turco, profundamente influidos por el positivismo, el orientalismo y las ciencias sociales de su tiempo. Constituye un claro ejemplo de nacionalismo impulsado por élites modernizadoras que lo adoptan como decisión estratégica en coyunturas críticas (Mann, 2005).

El principal ideólogo del nacionalismo turco fue Ziya Gökalp (1876–1924), sociólogo de origen kurdo influido por el pensamiento de Durkheim. Para Gökalp, la nación era una totalidad orgánica unida por la lengua, la cultura, la historia y, sobre todo, por la homogeneidad étnica. A su juicio, el atraso otomano se explicaba por la desigualdad inherente a una sociedad multiétnica, en la que las burguesías cristianas, griegas y armenias, dominaban los sectores clave de la economía, mientras el campesinado musulmán permanecía marginado. Esta situación de “parasi-

tismo mutuo” debía resolverse mediante un Estado-nación fuerte, fundado en una identidad turca activa y en el campesinado anatolio. Gökalp sostenía que los musulmanes “debían hacer uso del arma del nacionalismo” y exaltaba la superioridad racial de los turcos, a quienes consideraba un pueblo naturalmente marcial y destinado al mando (Akçam, 2012: 137–138). Según su visión, no podía haber cohesión económica sin homogeneidad étnica: el Estado moderno debía fundarse en una división del trabajo inscrita en una comunidad étnicamente unificada. Las minorías cristianas, por tanto, se concebían como un obstáculo para la consolidación de un Estado verdaderamente turco.

Esta visión fue adoptada por el Comité de Unión y Progreso (CUP), el brazo político de los Jóvenes Turcos. Tras las derrotas en las Guerras Balcánicas, la nacionalización total del Estado, en lo cultural, económico y político, pasó a considerarse el único camino para su supervivencia. El nacionalismo se convirtió así en una herramienta de movilización social y de reconstrucción estatal, orientada a la defensa, el desarrollo y la creación de una sociedad turca moderna y homogénea.

El programa de nacionalización integral impulsado por el CUP supuso una amenaza directa para las minorías cristianas, en particular los armenios, debido a su perfil social y a su distribución territorial. Como comunidad cristiana diferenciada, los armenios estaban integrados en un *millet* propio dentro del sistema otomano, que institucionalizaba la pluralidad religiosa como principio de organización política. Lejos de imponer una homogeneidad cultural, este sistema articulaba el poder mediante acuerdos negociados con las distintas comunidades, en lo que Barkay

ha definido como una “administración incluyente de la diferencia” (Barkey, 2008: 130). Los armenios, además de contar con instituciones propias que preservaban su identidad, disponían de una red diáspórica de larga data, lo que intensificó su percepción como cuerpo extraño en el imaginario nacionalista emergente (Panossian, 2006). Desde principios del siglo XIX, habían experimentado un notable ascenso social, favorecidos por las reformas modernizadoras del Imperio y a la apertura al comercio internacional, impulsada por las potencias europeas, que a menudo los elegían como intermediarios. Gracias a su capital cultural, lingüístico y profesional, muchos prosperaron en sectores clave como el comercio, la banca y las profesiones liberales, desempeñando el papel de minoría intermediaria. Esta inserción en la economía moderna incrementó su visibilidad como grupo urbano diferenciado, con barrios propios y patrones de escolorización occidentalizados. Su presencia en circuitos financieros transnacionales favoreció el surgimiento de una burguesía mercantil europeizada, cuyos modos de vida, consumo y sociabilidad acentuaban la distancia simbólica con la mayoría musulmana. Aunque la mayoría de los armenios seguía siendo rural y pobre, la prominencia de esta élite urbana alimentó un estereotipo de riqueza y privilegio proyectado sobre toda la comunidad. Sin embargo, pese a su integración parcial en la economía moderna, los armenios seguían subordinados legal y simbólicamente, contemplados con desprecio por una mayoría que los consideraba esencialmente inferiores (Suny, 2015: 39–58).

El ascenso social armenio, en un Imperio en declive, generó un creciente resentimiento entre sectores musulmanes que, pese a conservar el dominio político y

demográfico, se sentían desplazados en el mundo del trabajo. La modernización agravó las brechas culturales y económicas entre comunidades, invirtiendo jerarquías históricas y agudizando tensiones estructurales. La percepción de agravio se intensificó en un clima de crisis internas y derrotas militares sucesivas. Mientras los musulmanes combatían en guerras cada vez más humillantes, los “infieles”, según la narrativa emergente, acumulaban riqueza, prestigio e influencia (Akçam, 1992: 61). El tradicional entramado moral del Imperio, que subordinaba el poder económico al político-militar, comenzaba a descomponerse bajo el peso de una modernización desigual. En este contexto, la posición ambigua de los armenios, entre la integración parcial y la estigmatización persistente, derivó en una lógica de antagonismo abierto, alimentada por el resentimiento y la competencia económica. Aun así, durante gran parte del siglo XIX, conservaron el favor del poder central. Su actitud de colaboración, a diferencia de otras minorías cristianas rebeldes, les valió el reconocimiento como el “*millet leal*”, con presencia destacada en el comercio, las finanzas y ciertos niveles de la administración, como expresión de esa confianza institucional.

Uno de los factores que alimentó la creciente hostilidad hacia los armenios fue el conflicto por la tierra en Anatolia oriental durante las últimas décadas del siglo XIX, una región estratégica con alta concentración de población armenia, considerada además su territorio ancestral. Mientras la burguesía costera armenia adquiría propiedades rurales aprovechando la crisis agrícola, muchos campesinos musulmanes empobrecidos perdían sus tierras. La posible consolidación demográfica armenia en una zona fronteriza con Rusia re-

presentaba para el Imperio una amenaza geopolítica. Como respuesta, Abdülhamid II promovió la repoblación masiva de la región con cerca de 850.000 refugiados musulmanes procedentes del Cáucaso, los Balcanes y Crimea (Akçam, 2012: 93). Esta población desplazada, marcada por el trauma y el desarraigo, reforzó las tensiones con las comunidades cristianas locales. Durante el reinado de Abdülhamid II se desplegaron regimientos paramilitares compuestos por kurdos y turcos caucásicos encargados de sofocar cualquier conato de disidencia en Anatolia oriental. Estos grupos protagonizaron masacres y expropiaciones de tierras que golpearon especialmente a la población armenia, afianzando la imagen internacional del sultán como el “Sultán Rojo”. La llamada «cuestión armenia», instrumentalizada por las potencias europeas, entró de lleno en la agenda diplomática internacional. Dentro del Imperio, la situación se reinterpretó como prueba de traición y reforzó la sospecha de que los armenios actuaban como quinta columna prorrusa, inaugurando así un ciclo de desconfianza y violencia cada vez más intenso.

El nacionalismo armenio no surgió como reacción directa al deterioro interno del Imperio, sino que comenzó a formarse décadas antes, de forma multilocal, en diversos centros de la diáspora fuera del ámbito otomano, como Venecia, Viena o Madrás (Panossian, 2006: 101-109). Inspirado por ideas ilustradas y revolucionarias difundidas desde el espacio ruso y europeo, y alimentado por un renacimiento cultural de base laica, tomó cuerpo a lo largo del siglo XIX. No obstante, fue el clima de violencia, desconfianza y represión en el Imperio otomano lo que intensificó su arraigo, reforzó su legitimidad y amplió su base de apoyo dentro de la comunidad

(Panossian, 2006: 160-164). La Federación Revolucionaria Armenia (Dashnak), fundada en Tiflis en 1890, se convirtió en la organización más influyente. La sociedad armenia se dividió así entre los partidarios de la fidelidad imperial y quienes aspiraban a un proyecto de autonomía nacional (Mann, 2005; Suny, 2015).

La llegada de los Jóvenes Turcos al poder supuso, al principio, un alivio para buena parte de la población armenia. Desde antes de la revolución de 1908, el Dashnak mantenía con ellos una alianza táctica en su lucha contra el autoritarismo de Abdülhamid II, lo que alimentó la esperanza de una reforma constitucional y de mayor inclusión política. Esa sintonía se quebró cuando el CUP abandonó el otomanismo y abrazó con fervor un nacionalismo turco integral: un programa de turquificación de la economía y de la vida pública que solo podía ejecutarse a expensas de los armenios. Sacudidas por las pérdidas territoriales en Europa, las élites del CUP redefinieron Anatolia como núcleo del nuevo proyecto nacional y como plataforma hacia un futuro Estado panturco en Asia Central. Proteger ese espacio implicaba no solo su defensa militar, sino también su homogeneización étnica. A las puertas de la guerra, el Dashnak aún confiaba en una solución dentro del marco imperial, aunque la desconfianza mutua ya era profunda. La entrada del Imperio en la Primera Guerra Mundial, aceleró la radicalización: el contexto bélico brindó la cobertura perfecta para convertir la sospecha en exterminio. En cuestión de meses una minoría que había sido aliada política pasó a ser declarada enemiga interna y fue eliminada con rapidez y brutalidad (Bloxham, 2005; Suny, 2015; Akçam, 2023).

Aunque el exterminio de la población armenia respondió en parte a factores coyunturales y no fue un desenlace históricamente inevitable, su ejecución alteró de forma irreversible la composición demográfica del este de Anatolia y sentó las bases para una nueva configuración estatal. La creación de la República de Turquía se apoyó en gran medida en los resultados de esa violencia: un Estado-nación homogéneo, erigido sobre la lógica de homogeneización identitaria iniciada durante la guerra. El nuevo régimen kemalista emprendió un ambicioso programa de modernización cultural, acompañado de una política sistemática de exclusión. Las principales minorías no turcas fueron objeto de asimilación forzosa, deportadas o desplazadas mediante intercambios poblacionales avalados por la Sociedad de Naciones, anticipando las políticas de reordenamiento étnico que se generalizarían tras la Segunda Guerra Mundial. Puede sostenerse, sin exageración, que la violencia dirigida contra los armenios funcionó como un acto fundacional no reconocido: aunque los Jóvenes Turcos aspiraban a preservar el Imperio, sus acciones facilitaron la creación de un Estado nacional homogéneo. El programa de turquificación diseñado por el CUP no fue desmantelado, sino continuado y profundizado por la nueva república. La conexión entre limpieza étnica y legitimidad estatal subyace aún hoy en los esfuerzos por negar o distorsionar los orígenes del Estado turco moderno. En síntesis, la homogeneidad étnica del Estado turco y su proyecto nacional fueron, en buena medida, consecuencias no intencionadas del fracaso del último proyecto imperial otomano, impulsado por un grupo dirigente que activó el nacionalismo turco en un contexto de rivalidad geopolítica extrema. Sin embargo, es

crucial subrayar que dicha homogeneidad se alcanzó, fundamentalmente, mediante limpieza étnica (Akçam, 2012; Suny, 2015; Üngör, 2011).

Leído desde el prisma gellneriano, el genocidio armenio refleja la convergencia de tres procesos decisivos. Primero, la descomposición acelerada del Imperio otomano, que desmanteló los antiguos mecanismos de mediación y acomodación propios de su orden multiétnico. Segundo, el giro de las élites de los Jóvenes Turcos hacia un nacionalismo integral de nuevo cuño: convencidas de que la modernidad exigía un cuerpo social homogéneo en lo demográfico y lo económico, promovieron la primacía turca en todos los ámbitos, redefinieron las fronteras anatólicas y abandonaron la tradicional negociación de la diferencia. Tercero, la profundización de la paradoja mercuriana que afectaba a la minoría armenia. Cuanto más se acentuaban sus rasgos mercurianos, como la escasa participación militar, el arraigo urbano en tareas intermediarias, la integración en redes comerciales internacionales y una marcada cultura cosmopolita, más se consolidaba una “disposición afectiva hostil” hacia ellos entre los Jóvenes Turcos y amplios sectores de la población otomana (Suny, 2011: 40). De ser un *millet* constitutivo del antiguo orden imperial, los armenios pasaron rápidamente a ser estereotipados como un grupo nacional ajeno y desleal.

Una importante divergencia respecto al tipo ideal gellneriano radica en la secuencia temporal y en el ritmo de los acontecimientos. En el espacio otomano, los procesos de homogeneización étnica no siguieron el patrón escalonado que se observó en Europa Central y Oriental, donde la violencia nacionalista fue generalmente el tercer acto de una secuencia: primero

la caída del imperio, luego la construcción incierta de nuevos Estados, y finalmente la limpieza étnica. En cambio, en el caso otomano, el genocidio y las políticas de exclusión radical tuvieron lugar aún bajo soberanía imperial, incluso antes de que existiera un Estado nacional plenamente consolidado. A diferencia de otros contextos donde los nacionalismos emergen como reacción tras el colapso imperial, fue el propio aparato imperial, en manos de los Jóvenes Turcos, el que impulsó activamente el proyecto nacionalista como estrategia para evitar la desintegración. Esta aceleración y solapamiento de fases desafía la secuencia idealizada propuesta por Gellner, pero no invalida su tesis. Al contrario, la refuerza desde otro ángulo: la transformación de un imperio multiétnico en un Estado-nación moderno, especialmente en presencia de minorías intermedias estigmatizadas, tiende, tarde o temprano, a desembocar en formas de exclusión violenta. En el caso otomano, esa exclusión llegó antes, y con una intensidad fundacional.

Por otro lado, el componente territorial resulta especialmente significativo en el caso armenio. Aunque los armenios contaban con una presencia transnacional y vínculos diáspóricos consolidados, la mayor parte de su población seguía concentrada en regiones del este de Anatolia que, si bien no dominaban, podían reivindicar como su hogar ancestral. En torno a este territorio habían articulado, desde finales del siglo XIX, reivindicaciones centradas en la cuestión agraria y demandas de autonomía.¹² Con el clima bélico, el

nacionalismo turco construyó una representación que conectaba al enemigo interno armenio con el enemigo externo ruso. Los armenios fueron acusados simultáneamente de aspirar a la posesión de Anatolia y de colaborar con Rusia. La existencia de comunidades armenias en el Imperio ruso, junto con sus lazos transnacionales, reforzó la sospecha de que actuaban como una quinta columna. Esta percepción no surgió únicamente durante el conflicto, sino que ya había influido en los cálculos estratégicos que condujeron a la entrada del Imperio en la coalición antirrusa de las Potencias Centrales. Durante la contienda, se consolidó entre las élites militares la convicción de que la eliminación de los armenios era una medida preventiva orientada a garantizar la seguridad del Estado y la supervivencia de la nación. La propaganda oficial transformó a una minoría vulnerable, transnacional y culturalmente estigmatizada en una amenaza existencial. El exterminio se presentó como un acto de legítima defensa: no tanto como una expropiación encubierta ni como una manifestación de la hegemonía turca, sino como una respuesta inevitable ante un peligro absoluto. Bajo esta lógica, la violencia fue asumida como un mecanismo legítimo de autopreservación estatal y nacional.

Un mecanismo ideológico comparable puede observarse en el genocidio de los

Turcos actuaron desde un nacionalismo de base territorial, mientras que los nazis se guiaron por una ideología racista de alcance transnacional; y que los métodos de destrucción fueron distintos: masacres y deportaciones en el caso armenio, exterminio industrializado en el caso judío. A partir de estas diferencias, Melson sostiene que el genocidio armenio constituye un arquetipo más adecuado que el Holocausto para comprender los exterminios de masas perpetrados posteriormente en contextos poscoloniales y posimperiales.

12. Melson (2019) ha subrayado que, a diferencia del Holocausto, el genocidio armenio afectó a una minoría étnica territorializada que reivindicaba autonomía sobre regiones concretas del Imperio otomano. También destaca que los Jóvenes

judíos europeos. En este caso, el antisemitismo moderno, reformulado en clave geopolítica, se articuló en torno al mito del *judeobolchevismo*, ampliamente difundido en la época. Este mito no solo cuestionaba la supuesta falta de pertenencia nacional de los judíos, sino que también los convertía en una amenaza directa e inminente. Como ha demostrado Hanebrink (2018), el mito funcionaba como un “código cultural” capaz de organizar ansiedades políticas y proyectarlas sobre la figura del judío, percibido como agente de una conspiración transnacional dirigida a subvertir la soberanía y la seguridad nacional. Este marco interpretativo, llevada al paroxismo por el nazismo, fue compartido por amplios sectores nacionalistas y racistas europeos, que imaginaron a los judíos como infiltrados en la nación y aliados, o incluso artífices, de un enemigo exterior revolucionario. Al igual que en el caso armenio, la existencia de poblaciones judías en el extranjero, especialmente en países enemigos, reforzaba la credibilidad de la construcción conspirativa. El exterminio no se presentó fundamentalmente como una reacción ideológica o emocional, sino como una operación preventiva de seguridad, legitimada por una visión del mundo en la que la supervivencia de las “naciones arias” exigía eliminar de antemano a quienes representaban una amenaza existencial para el orden natural (Snyder, 2015: 21). En ambos casos, por tanto, las minorías mercurianas no fueron meros víctimas colaterales del proceso de homogeneización: fueron convertidas en figuras absolutas de la amenaza, cuyo exterminio se justificó como acto de defensa nacional.¹³

13. Levene (2017) señala que, durante la Primera Guerra Mundial, las autoridades zaristas también percibieron a los judíos como una quinta columna

Este tipo de elaboración ideológica revela una dimensión que el modelo de Gellner tiende a subestimar: la capacidad de ciertos discursos para convertir a grupos vulnerables en enemigos estratégicos, más allá de su simple “incongruencia” cultural con el Estado-nación. No se buscaba solamente homogeneidad funcional, sino neutralizar amenazas geopolíticas percibidas. Así, la lógica nacionalista de homogeneización se entrelazó con una lógica securitaria de aniquilación. Como destaca Levene, la dinámica genocida se activa cuando un grupo materialmente impotente es imaginado como portador de un riesgo existencial para la mayoría dominante (Levene, 2005: 128-129, 198-200). Este cruce entre sospecha interna y rivalidad geopolítica abre un plano de análisis que escapa en buena medida al tipo ideal gellneriano: lo que los perpetradores pretenden eliminar no es solamente una diferencia cultural, sino una amenaza construida mediante una ideología nacionalista radical, que proyecta sobre minorías indefensas las inseguridades de un orden político en crisis.

6. Conclusiones

La asimilación, el reajuste de fronteras, la limpieza étnica y el genocidio pueden concebirse como momentos dentro de un continuo orientado a la consecución

na al servicio de las Potencias Centrales, debido a su concentración en regiones fronterizas estratégicas y a su supuesta deslealtad. Documenta al menos dos intentos de exterminio: uno contenido por presión británica y otro frustrado por la revolución bolchevique. En ese clima, comenzó a circular el mito del *judeobolchevismo*, promovido por sectores zaristas, que presentaba a los judíos como símbolo del desorden interno y de la inestabilidad mundial.

de la homogeneidad. Aunque esta debe entenderse como una construcción normativa que postula la existencia de una comunidad orgánica y cohesionada, más que como una realidad empírica, diversos Estados-nación han perseguido históricamente estrategias homogeneizadoras para resolver lo que perciben como una contradicción entre unidad política y diversidad interna (Conversi, 2010). Los procesos de nacionalización no deben interpretarse como dirigidos exclusivamente a generar homogeneidad; esta no implica necesariamente limpieza étnica, ni la limpieza étnica afecta únicamente a las minorías mercurianas estigmatizadas. Sin embargo, la erradicación violenta de estas minorías representa uno de los fenómenos más transformadores de la experiencia europea del siglo XX. Las antiguas configuraciones de multiculturalismo genuino, estructuradas en torno a minorías históricas, han desaparecido casi por completo (Mikanowski, 2023).

La teoría del nacionalismo de Ernest Gellner no solo permite comprender cómo se forman las naciones modernas, sino también arrojar luz sobre aspectos menos explorados, como las razones por las que ciertos grupos quedan expuestos de manera sistemática a procesos de exclusión o violencia. El desarrollo de este artículo se ha centrado en estos aspectos. Estos fenómenos no deben interpretarse como aberraciones accidentales, sino como manifestaciones posibles de una lógica estructural que, bajo determinadas condiciones, impulsa hacia la homogeneidad cultural de la población.

Una de las contribuciones más claras de la teoría de Gellner, a través de una lectura centrada en la homogeneidad, consiste en articular de forma coherente

la relación entre dos hechos fundamentales de la experiencia europea del siglo XX: por un lado, la caída de los imperios multinacionales y la formación de un precario sistema de Estados-nación; por otro, el destino de las minorías mercurianas, cuya extrema vulnerabilidad desembocó, en condiciones propicias, en su eliminación. El nacionalismo supuso un desafío insalvable para los imperios dinásticos territoriales, que no podían modernizarse y al mismo tiempo mantener su estructura multiétnica, y situó en gran dificultad a las minorías diáspólicas que habían florecido en ellos, percibidas como cuerpos extraños. Este proceso avanzó de forma escalonada en Europa Central y Oriental, y de manera más abrupta y fulminante en el Imperio Otomano; pero en ambos casos alcanzó su culminación en los *rīmlands* multiculturales europeos, los cuales, a diferencia de los Estados de Europa Occidental, no habían pasado por procesos previos de homogeneización religiosa coercitiva (Marx, 2003).

El modelo gellneriano ofrece una clave poderosa para entender por qué, en contextos de nacionalización rápida, ciertos grupos son blanco de exclusión y no de asimilación o acomodación. Al mostrar cómo la nacionalización genera una pulsión hacia la homogeneidad cultural, Gellner contribuye a explicar la vulnerabilidad estructural de ciertos grupos, más allá de la ideología dominante. Esta lógica golpea con especial fuerza a las minorías mercurianas, atrapadas en una doble tensión: por un lado, sus capacidades técnicas, educativas y comerciales les permitieron ascender socialmente en el marco de las transformaciones liberalizadoras, pero el colapso del orden imperial y la nacionalización de la cultura, la economía y el Estado les dejó sin el amparo político que

antes sostenía su posición. Aunque una vez articulada esta conexión pueda parecer evidente, antes de Gellner apenas se había formulado de manera sistemática. Zenner, por ejemplo, había señalado que “el hecho de que dos genocidios a gran escala fueran cometidos contra grupos generalmente identificados como minorías intermedias significa que el vínculo no puede ser ignorado” (1987: 254), pero no abordó la lógica de la homogeneidad ni los procesos de nacionalización.

Uno de los puntos fuertes de la obra de Gellner es su capacidad para formular modelos sencillos que iluminan procesos históricos de gran escala (Hall, 2010). El tipo ideal aquí reconstruido pertenece a esa categoría. Sin embargo, su carácter general y estructural limita la comprensión de las ideologías nacionalistas específicas que acompañan las limpiezas étnicas y sus vínculos con los cruciales factores geopolíticos. En este plano, las monografías de Michael Mann (2005) y Mark Levene (2005) ofrecen un complemento indispensable, al mostrar cómo la articulación de ideologías, estrategias políticas, relaciones internacionales y cálculos de poder convirtieron esa lógica estructural en violencia masiva contra las minorías.

El modelo general subraya la presión hacia la homogeneidad cultural en las unidades políticas modernas y cómo esta se intensifica en contextos de construcción nacional, especialmente en regiones con legado imperial y diversidad interna. Incluso los régimen surgidos de un “nacionalismo de diáspora” (Gellner, 1983: 106-109) tienden a reproducir esa lógica. Cuando sectores de minorías mercurianas accedieron a la estatalidad en contextos de fronteras disputadas, impulsaron a menudo proyectos de nacionalismo

integral que también recurrieron a formas de homogeneización violenta. Allí donde se percibe una amenaza a la unidad nacional, incluso actores históricamente minoritarios reproducen las mismas lógicas de exclusión que antes los habían puesto en peligro (Pappé, 2006; Morris, 2004; de Waal, 2003; Suny, 1996).

A escala global, las minorías emprendedoras han seguido siendo objeto de conflicto. Chua (2003) documenta numerosos casos tras procesos de liberalización económica y democratización post-Guerra Fría, en los que minorías étnicas dominantes en el mercado, como los chinos en el Sudeste Asiático o los tutsis en Ruanda, fueron blanco de violencia. En una perspectiva distinta, Reid (1997: 58-59) sostiene que en las economías democráticas avanzadas los cambios estructurales tras la expansión de posguerra han vuelto improbable un conflicto de gran escala entre mayorías nacionalistas y minorías emprendedoras. El acceso generalizado a empleos cualificados en el sector servicios, antes dominado por minorías empresariales diferenciadas, ha reducido tanto su centralidad económica como su visibilidad social.

Reid observa además que los factores que en el pasado favorecieron la formación de poblaciones nacionalistas (alfabetización, movilidad, estandarización cultural) tienden hoy, bajo la globalización, hacia formas de internacionalización. El capital, la gestión y la fuerza de trabajo se han vuelto móviles a escala global, como lo fueron a nivel nacional un siglo atrás. Del mismo modo, la globalización cultural impulsada por redes mediáticas ha ampliado las unidades de intercambiabilidad simbólica, haciendo que los ciudadanos multilingües y cosmopolitas adquieran un valor

creciente. Desde esta perspectiva, la base económica del nacionalismo formulada por Gellner se prolonga hoy, transformada, en formas de cohesión que desbordan el marco nacional.

Esta transformación adquiere particular relevancia en el caso europeo, donde Gellner postuló, con cautela, la posibilidad de una atenuación del sentimiento étnico tras la etapa de violencia masiva y depuración étnica vivida en la primera mitad del siglo XX. La nueva fase abierta en el periodo de posguerra estaría facilitada por factores como el descrédito del nacionalismo integral de entreguerras, la simplificación del mapa etnopolítico europeo, la globalización cultural y un crecimiento económico generalizado que amortigua la percepción de las desigualdades (Gellner, 1996: 123-126).

Sin embargo, el propio Gellner advirtió que factores como los movimientos migratorios laborales tardíos, protagonizados por colectivos «infraprivilegiados y culturalmente distinguibles», podían revertir esa evolución. Señalaba que estos procesos generan inevitablemente «sentimientos nacionales virulentos en ambos bandos», constituyendo uno de los principales obstáculos para la moderación del sentimiento étnico (Gellner, 1996: 126). Las dinámicas recientes parecen haber seguido esta dirección. La creciente pluralización étnica y cultural, asociada a la inmigración y a la globalización económica, ha generado fricciones especialmente entre sectores que perciben un reparto desigual de costes y beneficios. En este contexto, han cobrado fuerza discursos orientados a restringir tanto la diversidad interna como las conexiones transnacionales y las formas de pertenencia múltiple, percibidas por algunos sectores como una amenaza

al orden estatal. Goodhart (2017) interpreta este tipo de reacción como expresión de un conflicto más amplio entre sectores cosmopolitas, más familiarizados con la movilidad y que se benefician o conviven cómodamente con la inmigración, y otros más arraigados socialmente, que tienden a percibirla como una amenaza. Este conflicto se ha vuelto clave en el choque entre las lógicas de la globalización y las formas tradicionales de pertenencia nacional.

Aunque las minorías nacionales tradicionales no han desaparecido del escenario político europeo, el conflicto en torno a ellas ha perdido centralidad en el marco de los Estados-nación. En su lugar, el eje más conflictivo del sentimiento étnico nacionalista se ha desplazado hacia las nuevas minorías migrantes. Como señala Krastev (2017: 48), para los países de Europa Central «el regreso a la diversidad étnica equivale a un regreso a un pasado problemático y amenazante», una percepción que puede extenderse a otras regiones del continente. A pesar de su distinta inserción jurídica, social y económica, estas nuevas minorías, visiblemente diferenciadas, culturalmente marcadas, desterritorializadas y socialmente vulnerables, concentran hoy muchas de las ansiedades y tensiones que en el pasado se dirigían hacia las minorías mercurianas. Sobre ellas se proyecta con especial intensidad el discurso contemporáneo de la homogeneización cultural. Entre sus expresiones más visibles se cuentan el ascenso sostenido de partidos antiinmigración en las últimas décadas y la difusión de narrativas como la del “gran reemplazo”, que articulan una amenaza conspirativa en la que las minorías migratorias son presentadas como una quinta columna al servicio de potencias extranjeras o intereses oscuros (Dennison y

Kustov, 2025). A este repertorio se suman propuestas como la “remigración”, que buscan revertir por la fuerza procesos migratorios consolidados mediante la deportación de colectivos asentados. Todo ello sugiere que los métodos violentos de homogeneización siguen presentes como posibilidad latente.

Estas propuestas se inscriben en una lógica de homogeneización cultural y de afirmación del arraigo frente a la diversidad cultural genuina. Como ha mostrado Zahra (2023), presentan inquietantes paralelismos con la reacción contra la globalización vivida en el periodo de entreguerras. Aquel ciclo, marcado por el cierre de fronteras, la restricción del comercio y de la inmigración, y la expansión de discursos antiliberales, constituye, según Zahra, un antecedente directo del clima actual, igualmente atravesado por la sospecha hacia las minorías y los flujos transnacionales.

En este contexto, el eje entre cosmopolitismo y arraigo, trabajado de forma especialmente incisiva por Gellner en *Language and Solitude* (1998), conserva plena vigencia. No se trata solo de un dilema filosófico, sino de una tensión estructural que atraviesa la vida social moderna, que fue decisiva en la construcción simbólica de las minorías mercurianas y que adopta hoy formas nuevas sin perder centralidad. El nacionalismo no se disuelve con la consolidación del Estado-nación, sino que tiende a reactivarse allí donde la homogeneidad cultural se percibe amenazada. La presión hacia la homogeneidad, característica de la lógica histórica de las unidades políticas modernas, sigue entrando en fricción con una diversidad social cada vez más visible, lo que configura una tensión constitutiva de la modernidad política que sigue sin resolverse.

Bibliografía

- Akçam, T. (2004). *From Empire to Republic: Turkish Nationalism and the Armenian Genocide*. Londres : Zed Books.
- Akçam, T. (2023). “The Armenian genocide: An overview”. En B. Kiernan, W. Lower, N. Naimark & S. Straus (Eds.), *The Cambridge World History of Genocide. Vol. III: Genocide in the Contemporary Era, 1914-2020* (pp. 67-92). Cambridge : Cambridge University Press.
- Aly, G. (2014). *Why the Germans? Why the Jews? Envy, Race Hatred, and the Pre-history of the Holocaust*. Nueva York : Metropolitan Books.
- Aly, G. (2020). *Europe Against the Jews, 1880–1945*. Nueva York : Metropolitan Books.
- Applebaum, A. (2012). *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe, 1944–1956*. Londres : Allen Lane.
- Barkey, K. (2008). *Empire of Difference: The Ottomans in Comparative Perspective*. Cambridge : Cambridge University Press.
- Bartov, O., Weitz, E. D., Holzman, S., & Nolan, C. (Eds.). (2013). *Shatterzone of Empires: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian, and Ottoman Borderlands*. Bloomington : Indiana University Press.
- Bloxham, D. (2007). *Genocide, the World Wars and the Unweaving of Europe*. Londres : Vallentine Mitchell.
- Brubaker, R. (1996). *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe*. Cambridge : Cambridge University Press.
- Cattaruzza, M. (2010). “Last stop expulsion: The minority question and forced migration in East-Central Europe, 1918-1949”. *Nations and Nationalism*, 16(1), 108-126.

- Chirot, D., & Reid, A. (1997). *Essential Outsiders: Chinese and Jews in the Modern Transformation of Southeast Asia and Central Europe*. Seattle : University of Washington Press.
- Chua, A. (2003). *World on Fire: How Exporting Free-Market Democracy Breeds Ethnic Hatred and Global Instability*. Nueva York : Doubleday.
- Conversi, D. (2007). "Homogenisation, nationalism and war: Should we still read Ernest Gellner?". *Nations and Nationalism*, 13(3), 371-394.
- Conversi, D. (2010). "Cultural homogenization, ethnic cleansing, and genocide". En R. A. Denemark (Ed.), *The International Studies Encyclopedia* (pp. 719-742). Chichester : Wiley-Blackwell.
- Dadrian, V. N. (1996). "The comparative aspects of the Armenian and Jewish cases of genocide: A sociohistorical perspective". En A. S. Rosenbaum (Ed.), *Is the Holocaust Unique?* (pp. 101-118). Boulder : Westview Press.
- Dennison, J., & Kustov, A. (2025). "Public belief in the 'Great Replacement Theory'". *International Migration Review* (en prensa).
- Eissenstat, H. (2015). "Modernization, imperial nationalism, and the ethnicization of confessional identity in the late Ottoman Empire". En S. Berger & A. Miller (Eds.), *Nationalizing Empires* (pp. 429-460). Budapest : Central European University Press.
- Eriksen, T. H. (2007). "Ernest Gellner and the multicultural mess". En S. Malešević & M. Haugaard (Eds.), *Ernest Gellner and Contemporary Social Thought* (pp. 168-186). Londres : Routledge.
- Eriksen, T. H. (2015). "Cultural complexity". En S. Vertovec (Ed.), *Routledge International Handbook of Diversity Studies* (pp. 47-52). Londres : Routledge.
- Gellner, E. (1964). *Thought and Change*. Londres : Weidenfeld & Nicolson.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Oxford : Blackwell.
- Gellner, E. (1994). *Encounters with Nationalism*. Oxford : Blackwell.
- Gellner, E. (1996). "The coming of nationalism and its interpretations: The myths of nation and class". En G. Balakrishnan (Ed.), *Mapping the Nation* (pp. 98-141). Londres : Verso.
- Gellner, E. (1997). *Nationalism*. Londres : Weidenfeld & Nicolson.
- Gellner, E. (1998). *Language and solitude: Wittgenstein, Malinowski, and the Habsburg dilemma*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Gessen, M. (2016). *Where the Jews Aren't: The Sad and Absurd Story of Birobidzhan, Russia's Autonomous Region*. Nueva York : Schocken.
- Goodhart, D. (2017). *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics*. Londres : Hurst.
- Gross, J. T. (2006). *Fear: Anti-Semitism in Poland after Auschwitz*. Princeton : Princeton University Press.
- Hall, J. A. (2010). *Ernest Gellner: An Intellectual Biography*. Londres : Verso.
- Hanebrink, P. A. (2018). *A Specter Haunting Europe: The Myth of Judeo-Bolshevism*. Cambridge, MA : Belknap Press/Harvard University Press.
- Ichijo, A., & Uzelac, G. (Eds.). (2005). *When Is the Nation?* Londres : Routledge.
- Illuzzi, J. (2023). "The genocide of the Romani people in Europe". En B. Kiernan, W. Lower, N. Naimark & S. Straus (Eds.), *The Cambridge World History of Genocide*. Vol. III (pp. 335-357). Cambridge : Cambridge University Press.

- Joppke, C. (2021). "Immigration policy in the crossfire of neoliberalism and neonationalism". *Swiss Journal of Sociology*, 47(1), 89-112.
- Khazanov, A. M. (2023). "Nationalism in the post-Soviet space". En P. Skalník (Ed.), *Ernest Gellner's Legacy and Social Theory Today* (pp. 41-56). Praga : Karolinum Press.
- Krastev, I. (2017). *After Europe*. Filadelfia : University of Pennsylvania Press.
- Kumar, K. (2007). *Empires: A Historical and Political Sociology*. Cambridge : Polity Press.
- Levene, M. (2005). *Genocide in the Age of the Nation State. Vol. 2*. Londres : I. B. Tauris.
- Levene, M. (2017). "The Enemy Within?: Armenians, Jews, the Military Crises of 1915 and the Genocidal Origins of the 'Minorities Question'". En H. Ewence & T. Grady (Eds.), *Minorities and the First World War* (pp. 143-173). Basingstoke : Palgrave Macmillan.
- Lieberman, B. (2006). *Terrible Fate: Ethnic Cleansing in the Making of Modern Europe*. Chicago : Ivan R. Dee.
- Lowe, K. (2012). *Savage Continent: Europe in the Aftermath of World War II*. Londres : Macmillan.
- Lowe, K. (2015). "European fascism and its aftermath". En S. Vertovec (Ed.), *Routledge International Handbook of Diversity Studies* (pp. 159-165). Londres : Routledge.
- Mann, M. (2005). *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*. Cambridge : Cambridge University Press.
- Marx, A. W. (2003). *Faith in Nation: Exclusionary Origins of Nationalism*. Oxford : Oxford University Press.
- Mazower, M. (1998). *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*. Londres : Penguin Books.
- Maynard, J. L. (2022). *Ideology and Mass Killing: The Radicalized Security Politics of Genocides*. Oxford : Oxford University Press.
- Melson, R. (1992). *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*. Chicago : University of Chicago Press.
- Melson, R. (1996). "The Armenian genocide as precursor and prototype of twentieth-century genocide". En A. S. Rosenbaum (Ed.), *Is the Holocaust Unique?* (pp. 119-131). Boulder : Westview Press.
- Mikanowski, J. (2023). *Goodbye, Eastern Europe: An Intimate History of a Divided Land*. Nueva York : Pantheon.
- Mikelatou, E., & Arvanitís, A. (2019). "Multiculturalism in the European Union: A failure beyond redemption?". *The International Journal of Diversity in Organizations, Communities and Nations*, 19(3), 215-230.
- Morris, B. (2004). *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*. Cambridge : Cambridge University Press.
- Mosse, G. L. (1981). *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*. Chapel Hill : University of North Carolina Press.
- Müller-Crepion, C., Schvitz, G., & Cederman, L-E. (2024). "Right-Peopling the State: Nationalism, historical legacies, and ethnic cleansing in Europe, 1886-2020". *Journal of Conflict Resolution*, 69(2-3), 211-241.
- Mylonas, H. (2012). *The Politics of Nation-Building: Making Co-Nationals, Refugees, and Minorities*. Cambridge : Cambridge University Press.
- O'Leary, B. (2001). "The elements of right-sizing and right-peopling the state". En M. Klemenčić, L. Blin & O. Sytas (Eds.),

- Managing Diversity in Plural Societies* (pp. 45-73). Cheltenham : Edward Elgar.
- O'Leary, B. (2015). "Governing diversity". En S. Vertovec (Ed.), *Routledge International Handbook of Diversity Studies* (pp. 203-215). Londres : Routledge.
- Panossian, R. (2006). *The Armenians: From Kings and Priests to Merchants and Commissars*. Londres : Hurst & Company.
- Slezkine, Y. (2004). *The Jewish Century*. Princeton : Princeton University Press.
- Suny, R. G. (1996). *Transcaucasia, Nationalism and Social Change*. Ann Arbor : University of Michigan Press.
- Suny, R. G., Göcek, F. M., & Naimark, N. M. (Eds.). (2011). *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*. Oxford : Oxford University Press.
- Suny, R. G. (2015). "They Can Live in the Desert but Nowhere Else": A History of the Armenian Genocide. Princeton : Princeton University Press.
- van den Berghe, P. L. (1981). *The Ethnic Phenomenon*. Nueva York : Elsevier.
- Veidlinger, J. (2009). *In the Midst of Civilized Europe: The Pogroms of 1918-1921 and the Onset of the Holocaust*. Londres : Cambridge University Press.
- Vertovec, S., & Wessendorf, S. (Eds.). (2010). *The Multiculturalism Backlash: European Discourses, Policies and Practices*. Londres : Routledge.
- Wimmer, A. (2018). *Nation Building: Why Some Countries Come Together While Others Fall Apart*. Princeton : Princeton University Press.
- Zenner, W. P. (1987). "Middleman minorities and genocide". En I. Wallmann, M. N. Dobkowski & R. L. Rubenstein (Eds.), *Genocide and the Modern Age* (pp. 253-281). Nueva York : Greenwood Press.
- Zenner, W. P. (1991). *Minorities in the Middle: A Cross-Cultural Analysis*. Albany : SUNY Press.
- Zahra, T. (2023). *Against the World: Anti-Globalism in Europe*. Londres : Faber & Faber.
- Snyder, T. (2010). *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*. Nueva York : Basic Books.
- Snyder, T. (2015). *Black Earth: The Holocaust as History and Warning*. Nueva York : Tim Duggan Books.